

Pablo Guadarrama
González

El socialismo en el pensamiento latinoamericano: de la utopía abstracta a la utopía concreta

Las ideas sobre la posibilidad de vivir en una sociedad fraterna, armónica y justa parecen tener sus raíces en los mismos albores de la sociedad humana como puede apreciarse hasta en algunos mitos y leyendas amerindias.

Con el desarrollo de las sociedades clasistas y la precarización de la situación socioeconómica de amplios sectores populares, las reflexiones y los anhelos en relación con la posibilidad de vivir en un mundo más fraterno se fueron incrementando. Algunas veces estos se plasmaron en las bases de algunas religiones, como se aprecia en los primeros momentos del cristianismo y en otras ocasiones tomaron cuerpo en distintas formas de utopías que se incrementaron a partir del nacimiento del capitalismo. En la misma medida en que esta enajenante sociedad fue revelando su esencia misantrópica, tras su disfraz humanista abstracto, las ideas de orientación socialista, independientemente de sus diversas interpretaciones, pero ante todo concebidas como superación del capitalismo, irían fortaleciéndose en diversas partes del mundo y entre ellas en América Latina.

El pensamiento socialista tuvo antecedentes tempranos en esta región, incluso en el período anterior a las luchas por la independencia, como se aprecia en Simón Rodríguez.¹

¹ «El proyecto socialista de Rodríguez propone una república, habitada por los sujetos antes excluidos, sujetos reproducidos en la educación social satisfechos en cuanto a sus necesidades básicas, y por ello capaces de construir una nueva

Una de las formas de manifestarse la insatisfacción de grandes sectores de la población con las insuficiencias del proceso independentista latinoamericano y con los gobiernos corrompidos, que lo mismo bajo las banderas del liberalismo que del conservadurismo se disputaban el poder, se revirtió en la difusión de las ideas socialistas y anarquistas.

Algunos de los procesos revolucionarios que se produjeron durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del siglo XX enarbolaron ideas socialista utópicas, o al menos sus seguidores tuvieron alguna inclinación hacia ellas, como se aprecia en la rebelión de la Sierra Gorda, en México, que se propuso «establecer un Estado de los trabajadores»² en 1879. Por esos mismos años se produjeron en Brasil movimientos mesiánicos que se proponían «encontrar el paraíso terrenal».³ En Bolivia el indio Wilka, en 1899, ocupó Oruro y pretendía devolver las tierras a los indígenas y lograr «el exterminio de las minorías dominantes?».⁴ Estos movimientos campesinos, indigenistas, de artesanos, religiosos, etc., no tenían mayor contacto con el marxismo, pero indiscutiblemente constituían un fermento favorable a las ideas de corte socialista y de liberación nacional. Alguna huella favorable dejaron en el desarrollo posterior del ideario socialista, en lo que respecta a su base social más amplia en América Latina, la cual no puede ser reducida, de ningún modo, exclusivamente al nivel de desarrollo de la clase obrera.

La mayor parte de estas ideas podrían ser consideradas como utopías abstractas (E. Bloch), o sea aquellas que no tienen posibilidades inmediatas de realización a diferencia de las utopías concretas. No obstante, portaban cierto fermento de concreción porque no se quedaban en el plano de las ideas, sino que se articulaban a movimientos sociales reales que intentaron en la práctica subvertir el injusto orden capitalista existente.

sociedad en tierra americana», A. Ciriza: «Simón Rodríguez: un socialista utópico americano». Itinerarios socialistas en América Latina, p. 31, Alción Editora, Córdoba, 2001.

² Pablo González Casanova: Imperialismo y liberación, Editorial Siglo XXI, México, 1982, p. 55.

³ *Ibidem*, p. 56.

⁴ *Ibidem*, p. 57.

También en Nueva Granada, en 1854, se produjo una rebelión de artesanos con gran influencia de las ideas socialistas y sus objetivos eran crear una república popular. En Bogotá, desde 1849, Joaquín Posada y Fermán Piñeros divulgaban «los principios elementales del comunismo».⁵ Las ideas socialistas se dieron a conocer en la prensa de muchas ciudades latinoamericanas desde mediados del siglo XIX, especialmente a raíz de los procesos revolucionarios de 1848 en Europa. Pero no se trataba de un simple proceso de información periodística, sino de un sedimentario trabajo de asimilación y utilización de dichas ideas para tratar de encontrar también soluciones a los problemas de esta región, aunque no se plantearan la instauración del socialismo.⁶

Las contradicciones ideológicas respecto a las limitaciones del conservadurismo e incluso del liberalismo habían tenido sus expresiones desde el principio mismo del movimiento independentista. Las posturas críticas ante ambas posturas no implicaban una alternativa real para alcanzar algún tipo de socialismo, pero la carencia de posibilidades para su realización no disminuye los méritos de quienes desde fechas tan tempranas se plantearon la necesidad de trastocar completamente las formas de producción y distribución de la riqueza. Esa tendencia democrático-radical, representada por Mariano Moreno, Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo, José Artigas y José Gaspar Rodríguez de Francia en el cono sur, y por los sacerdotes mexicanos Miguel Hidalgo y José María Morelos, que intentaba liquidar el antiguo régimen a manera plebeya de los jacobinos, constituyó el antecedente principal de uno de los primeros segmentos de la línea del pensamiento socialista latinoamericano.

⁵ Gustavo Vargas: «Pensamiento socialista en Nueva Granada (1850-1860)», en *Dialéctica*, XI(18): 80, septiembre de 1986, Puebla, México.

⁶ Como señala Agustín Cueva, las luchas sociales y de clase «de entonces no fueron desde luego bregas en pro del socialismo, ni podían serlo en un contexto precapitalista, consiguientemente carente de un proletariado moderno. Se enmarcaban, pues, en un horizonte cuyos límites objetivos eran los de una revolución democrático-burguesa, perspectiva en la que hay que ubicarlas evaluando la profundidad de cada movimiento en función del predominio del elemento democrático; es decir, popular, sobre el elemento propiamente burgués». Agustín Cueva: *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Editorial Siglo XXI, México, 1983, p. 49.

El socialismo utópico básicamente influido por Saint Simon,⁷ tuvo representantes desde fecha temprana en el cono sur, donde la emigración europea fue portadora de tales ideas como posteriormente lo fue también del marxismo. En 1838 el periódico *El Iniciador*, de Montevideo, publica el credo filosófico de un grupo de saintsimonianos, en el que se planteaba definitivamente «el cambio de un orden social antiguo a un orden social nuevo, después de la destrucción radical del orden antiguo»,⁸ si bien demostraban radicalismo, también dogmatismo, al considerar que «las evoluciones de la humanidad se efectúan en el tiempo según un orden fijo; tienen lugar en el espacio en una esfera limitada».⁹ Tal visión teleológica y mecanicista del desarrollo histórico sería atribuida, con mayor o menor razón, a algunos marxistas latinoamericanos que no lograron desprenderse por completo de las simplificaciones del utopismo abstracto muy distante del concreto.

Uno de los más destacados socialistas utópicos latinoamericanos fue el argentino Esteban Echeverría (1805-1851), quien en su obra *Dogma socialista* (1846) planteaba que «solo era útil una revolución moral que marcara un progreso en la regeneración de nuestra patria»,¹⁰ porque consideraba que no existían condiciones para una «revolución material». Ese mismo idealismo heredado del espíritu del pensamiento ilustrado latinoamericano se mantendría por mucho tiempo, no solo en hombres como Echeverría, formado bajo la influencia del espiritualismo y el eclecticismo, sino en la generación de positivistas que le sucederían, y llegaría incluso hasta algunos posteriormente identificados con el marxismo pero todavía imbuidos de la utopía abstracta, que coincidirían con el criterio de comenzar las transformaciones del mundo latinoamericano por la vía de la educación y la renovación moral del hombre de estas tierras.

⁷ Véase José Ingenieros: «Los saintsimonianos argentinos», *Evolución de las ideas en Argentina*, Obras completas, Vol. 16, libro IV, Ediciones L. J. Rosso, Buenos Aires, 1937, pp. 237-399.

⁸ Francisco Larroyo: *La filosofía iberoamericana*, Editorial Porrúa, México, 1978, p. 94.

⁹ *Idem.*

¹⁰ E. Echeverría: *Dogma socialista*, Colección Claridad, Ciencias Políticas, Buenos Aires, p. 65.

Sin embargo, Echeverría no se dejó descarriar por el espíritu especulativo, y trató de vincular todas sus propuestas a la terrenalidad de los problemas específicos de esta región. Por eso sostenía: «El punto de arranque, como decíamos entonces, para el deslinde de estas cuestiones deben ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social, determinar primero lo que somos, y aplicando los principios buscar lo que debemos ser, hacia qué punto debemos gradualmente encaminarnos. Mostrar enseguida la práctica de las naciones cultas, cuyo estado social sea más análogo al nuestro y confrontar siempre los hechos con la teoría o la doctrina de los publicistas más adelantados. No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad».¹¹

De tal modo parecía dejar atrás el utopismo abstracto y aproximarse al concreto. Esa búsqueda de la raíz de los problemas en las particularidades de nuestros países sería una preocupación constante de muchos de los pensadores latinoamericanos más progresistas, entre ellos los marxistas, pero lamentablemente no siempre se extrajeron las debidas conclusiones teóricas que cada situación demandaba, ni se mantuvo hasta sus últimas consecuencias dicho principio. De lo contrario, no hubiese encontrado terreno favorable en ningún momento el dogmatismo y la importación de esquemas inapropiados.

Otro rasgo importante de la obra de Echeverría es su lenguaje claro, sencillo, porque estaba dirigido en definitiva al pueblo y su objetivo era «descentralizar el poder, arrancarlo a los tiranos y usurpadores, para entregárselo a su legítimo dueño: el pueblo».¹² Ese estilo común a los socialistas, anarquistas, como posteriormente a los marxistas, se diferenció por mucho tiempo del pensamiento liberal y conservador latinoamericano, que no siempre expresó sus ideas en un lenguaje comprensible, pues su mensaje estaba dirigido más a la elite culta que podía descifrar sus entrelíneas, hasta que los artífices de la propaganda política se percataron de la necesidad de «popularizar» el lenguaje. Para Echeverría la democracia verdadera era equivalente a la «igualdad de clases»,¹³ pues para él «no puede existir verda-

¹¹ *Ibidem*, p. 67.

¹² *Ibidem*, p. 69.

¹³ *Ibidem*, p. 78.

dera asociación sino entre iguales»,¹⁴ aunque la sociedad no debe exigir sacrificio absoluto de los intereses individuales. Esta idea posee un entrañable valor, pues por lo regular los ataques al socialismo en general se apoyan injustamente en considerar que la adopción de estas doctrinas es equivalente a la anulación de la individualidad y a la disolución de la persona en la masa. Solo el socialismo más recalcitrante y cuartelario ha esgrimido como consignas el igualitarismo rayano y la renuncia fanática a los bienes creados por la cultura burguesa. Echeverría no cayó en ese error, pues preconizaba que «cada hombre participe igualmente del goce proporcional a su inteligencia y trabajo»,¹⁵ suscribiendo la tesis de Saint Simon «a cada hombre según su capacidad, a cada hombre según sus obras»¹⁶ y para asegurar ese principio el hombre debe gozar, a su juicio, del don natural de la libertad, que le permita disponer del fruto de su trabajo.

Luego los argumentos esgrimidos con frecuencia contra el socialismo de que este justifica la holgazanería, por cuanto no se exige a cada hombre rendir a la sociedad el máximo de sus fuerzas, encontraron reprobación hasta en los primeros socialistas latinoamericanos que, como Echeverría, proponían fundar su futura utópica sociedad en el trabajo, la inteligencia, la virtud, etcétera y no en el ocio, el facilismo y el disfrute inmerecido.

Algunos de los ataques al socialismo se fundan en el argumento de que este pretende sustituir a la clase dominante para simplemente ocupar su lugar y disponer de sus bienes, del placer y el goce sin esfuerzo alguno. Pero tanto la historia del pensamiento socialista latinoamericano, como los intentos por construcción de sociedades socialistas en este continente, desacreditaron tales infundios y basaron sus propuestas de transformación social en el trabajo, el espíritu de sacrificio, la austeridad (ni masoquista, ni anacoreta), en la justa distribución de los bienes creados. La historia recoge algunos contraejemplos de individuos oportunistas que han traicionado la causa del socialismo, pero esto en lugar de poner en duda esta tesis la confirma.

En muchos casos el pensamiento socialista latinoamericano ha tratado, incluso utópicamente en sus primeras propuestas,

¹⁴ *Ibidem*, pp. 121-122.

¹⁵ *Ibidem*, p. 128.

¹⁶ *Ibidem*, p.129.

de ofrecer a los empresarios la seguridad de que no se afectarían sus intereses pues el objetivo no era destruirlos, sino mejorar las condición de vida de los obreros y otras clases explotadas. Así, el cubano Diego Vicente Tejera sostenía a fines del siglo XIX que «en la transformación que ha de operarse en nuestra sociedad, deberemos procurar, para obtener en esta un único nivel, no que caigan los de arriba, sino que suban los de abajo».¹⁷

Estas concepciones se revelaron de manera abstracta y prevalecieron por algún tiempo en los primeros marxistas, hasta que la primera revolución proletaria victoriosa demostrase fehacientemente que una más justa redistribución de la riqueza afectaría directamente el modo de vida del burgués. Pero en algunos de los socialistas utópicos a fines del siglo XIX como el cubano Tejera, prevalecía el criterio de la posibilidad de un acuerdo de caballeros entre ambas partes, por eso en las conferencias a los obreros en Tampa les decía: «No: el socialista cubano no espantará, no deberá espantar a nadie; el burgués se sentirá dispuesto a tratarlo cordial o cortésmente, y acaso el mutuo trato facilite la victoria final de la justicia».¹⁸ Ello demuestra que no siempre los socialistas propugnaron el odio de clase contra clase o la violencia clasista para arrebatar el poder a la burguesía. Por el contrario, por algún tiempo se pensó en la posibilidad de un tránsito dual y de común acuerdo con esa idílica sociedad en la que también los burgueses saldrían beneficiados.

No obstante, Tejera indicaba a los obreros que «ni liberales ni conservadores resolverán su problema capital»¹⁹ y por tanto deberían pelear por sí mismos. Llegó a proponer que la clase obrera crease un partido independiente aunque en las condiciones de Cuba colonial reconociese que había que priorizar la lucha por la independencia antes de emprenderla por la emancipación social,²⁰ lo cual muestra que efectuó un análisis histórico-concreto y no se dejó arrastrar por esquematismos. Un intelectual como él, que había vivido en varios países europeos, latinoamericanos y en Estados Unidos, pudo comprender mejor la necesi-

¹⁷ Diego Vicente Tejera: Textos escogidos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 107.

¹⁸ Ídem.

¹⁹ Íbidem, p. 104.

²⁰ Íbidem, p. 102.

dad de estudiar la sociedad cubana,²¹ su estructura de clases, tradiciones, factores económicos, etcétera, para poder emprender posteriormente el combate por su transformación. Esto contribuye a la tesis de que también, entre los antecedentes del pensamiento socialista latinoamericano, prevaleció el criterio de dar prioridad al conocimiento de la realidad socioeconómica de esta región antes que dedicarse a ensayar modelos foráneos.

Conociendo esas particularidades del pueblo cubano, su idiosincrasia, su liberación del fanatismo religioso, su carácter vivo, despierto y hasta su choteo,²² Tejera llega a formular algunas recomendaciones de cómo deberá construirse el socialismo en Cuba sobre bases más liberales y patrióticas²³ que las del socialismo europeo.

El «sistema socialista práctico» que Tejera proponía se planteaba «no aliviar el mal» sino «extirparlo de raíz».²⁴ Sin embargo, no era consecuente con ese postulado cuando solo se proponía eliminar la opulencia, pero no la riqueza moderada.²⁵

Resulta de interés destacar que Tejera quería diferenciarse de algunos tipos de socialistas, por su defensa del «arte y el lujo, flores exquisitas de la civilización»,²⁶ indicaba que no se debía renunciar a los «verdaderos placeres de la vida» como la «habitación hermosa, los bellos muebles, los objetos artísticos, la mesa delicada, el coche, los teatros, etcétera».²⁷ Esto evidencia su deseo por dejar plasmado entre los obreros que el socialismo no constituía una renuncia nihilista a los valores creados por la civilización, sino solamente una apropiación más mesurada y equitativa de ellos.

Es inobjetable que en el pensamiento socialista de Tejera lo utópico abstracto aflora con frecuencia, independientemente de que se clasifique o no su posición dentro de esta corriente,²⁸ pero esto no desmerece sus ideas sustanciales respecto a la necesidad de construir una sociedad superior a la capitalista y, lo más im-

²¹ *Ibidem*, pp. 109-126.

²² *Ibidem*, pp. 126-128

²³ *Ibidem*, p. 126.

²⁴ *Ibidem*, p. 16.

²⁵ *Ibidem*. P. 167.

²⁶ *Ibidem*, p. 165

²⁷ *Ibidem*, p. 167.

²⁸ Carlos del Toro: «Diego Vicente Tejera: vida y obra», en D. V. Tejera: ob. cit., p. XIV.

portante, haber puesto su empeño práctico en la lucha política por lograrlo.

Algo similar ocurre con el anarquismo, que constituye también un importante antecedente del pensamiento socialista latinoamericano, aunque desempeñara un papel contradictorio, pues, por una parte, significaba un paso de avance en aquellos países, como Cuba, donde había predominado el reformismo en el movimiento obrero, al contribuir a que este tomara conciencia de sus intereses frente a los de la burguesía, denunciando la explotación a que eran sometidos, al igual que las mujeres, niños, campesinos, inmigrantes, etc., pero por otra introducía ideas dañinas como el apoliticismo. Y al exaltar la libre autonomía del individuo frente al Estado y la acción directa contra los empresarios, de manera espontánea frenaba las posibilidades de organización de la clase obrera y, por supuesto, la creación de partidos de orientación socialista, aunque ellos mismos se consideraban como tales.²⁹ Sin embargo, de esto no se desprende que el papel del anarquismo en América Latina haya sido absolutamente negativo, pues tanto en Argentina, México, Uruguay, Brasil como en Cuba —países donde al parecer tuvo mayor influencia— desempeñó una función favorable no solo por sus contribuciones a que la clase obrera tomara conciencia de su situación, al despertar en ella la solidaridad clasista, la necesidad de la lucha, etc.,³⁰ sino porque de su seno brotaron muchos líderes obreros que paulatinamente llegarían a transitar hacia el marxismo, como el cubano Enrique Roig San Martín y otros. Algunos de ellos tratarían de radicalizar los procesos revolucionarios que se produjeron a principios del siglo pasado, por ejemplo el mexicano Ricardo Flores Magón, quien en su perspectiva utópica abstracta trató de erigir una sociedad sin clases, aunque sin superar los marcos ideológicos del anarquismo, pese a que aporta elementos propios y muy radicales.³¹

²⁹ Los anarquistas se consideraban a sí mismos defensores del «socialismo revolucionario» frente al «socialismo de Estado» del marxismo, en *Historia del movimiento obrero cubano (1865-1958)*, t. I, p. 178, Editora Política, La Habana, 1985.

³⁰ D. Dessau y colectivo de autores: *Politisch-ideologische Strömungen in Lateinamerika*. Akademie Verlag, Berlín, 1987, p. 196.

³¹ Véase: Pablo Guadarrama: *Positivismismo en América Latina*, Universidad Nacional Abierta a Distancia, Bogotá, 2001; *Antipositivismo en América Latina*, Universidad Nacional Abierta a Distancia, Bogotá, 2001; *Positivismismo y antipositivismo en América Latina*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

Antecedente significativo de la difusión del socialismo en América Latina durante el pasado siglo, constituyó la labor periodística de numerosos intelectuales que, aunque no estaban directamente vinculados con el movimiento obrero y sus luchas, sí se encontraban al tanto de sus acontecimientos más importantes en sus respectivos países y sobre todo en Europa, por lo que reflejaban en sus publicaciones el eco de los grandes acontecimientos como La Comuna de París, las corrientes de ideas que circulaban a su alrededor, donde el marxismo tomaba cada vez mayor auge. Entre ellos se destacó Juan Mata de Rivera, en México, quien al parecer publicó una traducción al español del Manifiesto Comunista en 1884.

En Cuba, un intelectual de Santa Clara poco conocido, Ricardo García Garófalo, desde las páginas de La Verdad defendería las ideas de Marx frente al apoliticismo de los anarquistas.

Otro factor a tomar en consideración es la mayor o menor incidencia que pudieron haber tenido las ideas simpatizantes con el socialismo entre algunos prestigiosos pensadores latinoamericanos quienes, desde las posiciones de un positivismo *sui generis*³² como Tobías Barreto en Brasil, Enrique José Varona en Cuba y José Ingenieros en Argentina, sin romper definitivamente con sus respectivas posiciones ideológicas, reconocieron la validez de las ideas socialistas, aunque discreparan de algunos de sus elementos, y sobre todo vieron con agrado que esta sirviera a la causa de los humildes. Un lugar especial en ese sentido ocuparon aquellos que llegaron a las posiciones del democratismo revolucionario como Manuel González Prada y José Martí.

También en la reacción antipositivista latinoamericana se hicieron comunes las críticas al capitalismo, como puede apreciarse en José Vasconcelos, Antonio Caso, José Enrique Rodó y Pedro Henríquez Ureña, entre otros, aun cuando no conllevara necesariamente la identificación con el ideario socialista que lamentablemente por mucho tiempo se identifica con su referente stalinista.

Muchos podrían ser los antecedentes a tener en cuenta para una mejor comprensión del por qué fue tomando arraigo el ideal

³² P. Guadarrama: «El principio de la renuncia a todos los principios», Taller, (2):101-108, Bogotá, 1990; Quatrivium, (6): 228-34, Universidad Autónoma del Estado de México, 1995.

socialista, y en particular el marxismo, en América Latina, pero también eran varios los factores que lo frenaban, según Max Zeuske: el extremadamente bajo nivel educacional de los trabajadores, que en su mayoría eran analfabetos; el relativo retraso en los centros educacionales, incluidas las universidades, donde el contacto con las corrientes filosóficas más progresistas era muy fragmentario; las contradicciones de clase entre la burguesía y el proletariado no estaban aún muy pronunciadas, pues prevalecían otras contradicciones históricamente viejas como las existentes entre la pequeña y la gran propiedad y el problema de la tierra y la falta de desarrollo del capitalismo. A ellos se podrían añadir otros como la poca traducción y divulgación de las obras de Marx, Engels y sus seguidores, lo que limitaba su conocimiento solamente a las elites intelectuales más cultas; la escasa comunicación entre los países latinoamericanos, que en ocasiones llegaban a tener mayor información de la lejana Europa que de sus países vecinos, por lo que las ideas de corte socialista de los propios latinoamericanos casi no eran conocidas más allá de sus fronteras y en ocasiones ni siquiera allí mismo, pues no siempre se disponía de una prensa dispuesta a ese tipo de publicaciones, como aún sucede en la actualidad, especialmente después del derrumbe de la Unión Soviética.

En fin, el ideario socialista y el marxismo, y con ellos la posibilidad de la construcción de una utopía concreta de sociedad superior a la capitalista, no obstante encontrar en ocasiones premisas socioeconómicas favorables se tuvo que ir divulgando contra viento y marea por razones ideológicas y políticas. De ahí que muchos justificaran su auge como la imposición de una doctrina que no se avenía a nuestros pueblos y que debía ser devuelta a Europa.

Algunos de los defensores de la utopía abstracta ponían la mayor parte de sus esperanzas en la transformación ética a través de mejoras en los sistemas educativos, por lo que no se diferenciaban sustancialmente en ese aspecto de los ilustrados, aunque sí por la crudeza con que planteaban la situación de las clases explotadas, y sus propuestas de redistribución más justa de la riqueza los distanciaban del pensamiento tradicional y conservador.

Transmitían su convicción de que el socialismo, independientemente de cómo lo vieran anarquistas, utopistas, etc., sería una sociedad superior, más humana y a pesar de que reconocían

algunos defectos y vicios en el hombre, no los consideraban consustanciales a él —como en ocasiones se afanaban en demostrar las concepciones filosóficas más reaccionarias, sino como producto de las condiciones de miseria en que se encontraban los latinoamericanos. Veían con optimismo el perfeccionamiento futuro de la humanidad.

Insistían en el valor de los sectores populares como agente transformador de aquellas sociedades putrefactas y, aunque estimaban en alto grado el papel de las personalidades históricas, por lo regular no las sobreestimaban, sino que las ubicaban en su lugar merecido. Pero también se preocuparon por salvaguardar la individualidad de cada persona y defendían su derecho a la libre determinación; de ahí algunos de sus resquemores con la propaganda anticomunista que hiperboliza la consigna de la dictadura del proletariado como dictadura del Estado sobre el individuo.

La iglesia católica regularmente ha sido objeto constante de la crítica de los socialistas que denunciaban su función justificadora de las grandes desigualdades humanas y su misión obstaculizadora de la emancipación humana. Aunque por lo regular han sido respetuosos de la religiosidad, e incluso se han apoyado en ocasiones en ella para defender las propuestas humanistas de su utopía abstracta.

En su lucha contra las ideas reaccionarias se han enfrentado al conservadurismo, al tradicionalismo y al reformismo liberal. También las ideas del anarquismo han sido atacadas porque no contribuyen propiamente a la causa revolucionaria de instaurar la nueva sociedad, la cual han considerado que no se alcanzará de golpe por una rápida y violenta transformación, sino gradualmente, pero a la vez rompiendo con muchos moldes arcaicos. Esto no presupone desechar todo lo anteriormente creado por la civilización humana. Por el contrario, han defendido muchos de los logros materiales y espirituales creados por las sociedades capitalistas, pero hasta ese momento solo disfrutados por las oligarquías dominantes y de lo que se trataba era de una mejor distribución que tampoco implicara la holgazanería y el indebido disfrute.

En sus utópicas formulaciones abstractas deseaban afectar lo menos posible a los ricos, por lo que argumentaban que su objetivo no era eliminar completamente las diferencias entre los hombres,

sino atenuar las desigualdades entre las clases. Por eso apelaban a la moral e incluso al cristianismo para lograr tales objetivos. La misión que proclamaban consistía en completar las insuficiencias que había dejado la Revolución Francesa y hacer verdaderas sus consignas de igualdad, libertad y fraternidad. Y para ello criticaban cualquier tipo de odio racial o de subestimación de alguna de las diferentes etnias que componen la compleja población latinoamericana.

Aunque sus objetivos han sido la emancipación social de nuestros pueblos, han sabido que era necesario diferenciar las contradicciones y subordinarlas a conflictos de carácter nacional o regional cuando estos fueran inminentes, para posteriormente plantearse tareas de mayor alcance. Han preferido emprender las transformaciones por la vía pacífica sin necesidad de acudir irreflexivamente a la violencia y acudir a ella solo cuando no hubiese otra alternativa para realizar sus ideales. Ante todo fueron profundos críticos del capitalismo, de sus formas de explotación, así como de las formas precapitalistas que subsisten en Latinoamérica. Por eso el ideario socialista utópico abstracto ha contribuido a la toma de conciencia de los pueblos latinoamericanos. Pero además históricamente se han volcado en su mayoría a la lucha política de su tiempo, y no han sido simples hiper-críticos desde atalayas lejanas, sino que han puesto a prueba sus ideas y han tratado de ensayar sus proyectos.

Los antecesores del pensamiento socialista en América Latina se preocuparon más por estudiar los problemas concretos de cada país y de cada momento y por formular alternativas de desarrollo social que consideraban apropiadas para aquella época. Sus ideas, por su trascendencia, independientemente de su contenido utópico abstracto, hoy merecen ser conocidas, estudiadas y justipreciadas como antecedente imprescindible de las actuales utopías concretas de la praxis del socialismo del siglo XXI.

El tránsito de la utopía abstracta a la utopía concreta en el pensamiento socialista del pasado siglo XX latinoamericano se enriqueció no solo con la labor teórica de destacadas personalidades, sino ante todo por su praxis revolucionaria, que pudo apreciarse en José Carlos Mariátegui, Antonio García Nosa, Ernesto Guevara, Fidel Castro, entre otros, y despunta hoy en las llamadas nuevas izquierdas latinoamericanas, algunas de las

cuales ya se encuentran en el poder e inician transformaciones socialistas muy concretas.

A partir del análisis tanto de las experiencias históricas más remotas del ideario y las praxis socialistas universales y latinoamericanas, en particular, como de las más recientes, y tomando en cuenta los actuales cambios que se están produciendo en esta región las nuevas izquierdas en América Latina si aspiran a la construcción de exitosas utopías concreta de socialismo deben tomar en consideración los siguientes aspectos fundamentales siguientes:

- La complejidad de los procesos políticos y sociales que se produjeron en el mundo desde mediados de los ochenta con la perestroika y, posteriormente con el derrumbe del «socialismo real», junto al despliegue de gobiernos y partidos socialdemócratas invocando el socialismo, aunque en la práctica manteniendo políticas neoliberales o haciéndole al menos serias concesiones a las transnacionales y al poder imperial norteamericano. Estos hechos han dado lugar a serias confusiones en la terminología política, al menos para los sectores populares, aun cuando en el terreno de las ciencias sociales y la filosofía política se busquen argumentos teóricos precisos para definirlos pues esta será siempre una tarea de la vida académica y científica.
- ¿Qué entender por socialismo y por nuevas izquierdas? Acaso serán aquellas que adoptan el conocido «principio de la renuncia a todos los principios»³³ y ceden tanto en sus posesiones que para evitar conflictos que abandonan la lucha por superar el capitalismo real aludiendo que es más deseable que el «socialismo real» en lugar de elaborar propuestas y tratar de conformar un «socialismo deseable» por amplios sectores populares. Siempre asaltan las dudas sobre qué hay de nuevo en verdad en estas nuevas izquierdas y que es lo que conservan en relación con las viejas. En particular definir qué actitud adoptan ante los principales rasgos que se asumen común-

³³ Sin embargo, la mayoría de los estudiosos asegura que basta un breve repaso por la historia latinoamericana para confirmar que el actual éxito de la izquierda no es una coyuntura pasajera sino el fruto de las cosechas sembradas en el pasado. O sea, «que la cosa viene de atrás y va para largo», Jorge Enrique Botero: «El auge de la izquierda en América Latina: ¿Coyuntura pasajera o fenómeno a largo plazo?». Por Especial para revista Credencial, el tiempo.com / Credencial, Edición de febrero de 2006.

mente como propios e inalienables de una sociedad socialista y que podrían resumirse en estos cinco elementos básicos:

1. Predominio de la propiedad social (que no significa propiedad estatal) en relación con los medios fundamentales de producción, aunque simultáneamente sobrevivan formas de propiedad privada en determinadas esferas productivas, comerciales, de servicio y bienes de consumo, vivienda, transporte, recreación, etcétera.
 2. Distribución más equitativa de la riqueza en correspondencia con la participación laboral y los aportes individuales a la producción social de bienes materiales e intelectuales.
 3. Democracia participativa que supere a la democracia burguesa y la subsuma trascendiendo del plano político al social teniendo presente la indicación de Rosa Luxemburgo, según la cual no puede haber socialismo sin democracia, pero tampoco democracia sin socialismo.
 4. Aseguramiento de los derechos elementales a la salud, la educación, la seguridad social, la cultura y el deporte con independencia del estatus económico.
 5. Gestación de nuevos valores humanos y una cultura superadora de las alienantes formas de expresión capitalistas orientados hacia la formación de un hombre superior al que han gestado las sociedades clasistas, etcétera.
 6. Las nuevas izquierdas están obligadas a diferenciar teórica y prácticamente las distintas formas del poder en que a las tradicionales del poder económico, jurídico, político, militar, etc., se suman los ideológicos de la religión, la moral, y el manejo de la opinión pública por los medios de comunicación masiva, que rediseña constantemente nuevas expresiones de intimidación ante los gobiernos de izquierda.
- Las nuevas izquierdas no deben olvidar que no han partido de cero sino que cuentan con una tradición de lucha de las izquierdas tradicionales en que incluso muchos expusieron sus vidas y en muchas ocasiones la perdieron defendiendo ideales confluyentes con sus ideas de lograr la utopía concreta de una sociedad más humana y más justa. Una actitud nihilista y descalificadora de las nuevas izquierdas ante las anteriores generaciones revolucionarias no solo le puede enajenar afectos de amplios sectores populares que han respetado y reconocido

la redentora labor de líderes sindicales, políticos y de movimientos sociales que desde la izquierda tradicional se enfrentaron a dictaduras fascistas y regímenes violadores de los derechos humanos. Esa actitud puede provocar la estimulación de una reacción de modo similar descalificadora de los nuevos líderes de la actual izquierda emergente.

- Aunque la agonía de los partidos políticos tradicionales, —de la cual no se excluyen los de izquierda— haya promovido en los últimos tiempos simpatías y apoyos a movimientos sociales suprapartidistas esto no debe conducir a desconocer las conquistas políticas y sociales alcanzadas por dichos partidos. Una postura negligente ante tales logros podría conducir también a pensar que las victorias actuales de las nuevas izquierdas son por tanto coyunturales y pasajeras.³⁴
- Sería nefasto ignorar los avances en el mejoramiento de las condiciones de vida y de participación popular en otros momentos anteriores de la historia latinoamericana, especialmente en la lucha contra las dictaduras fascistas y regímenes autoritarios. Sería totalmente erróneo presuponer que las conquistas democráticas y sociales alcanzadas por los pueblos se deben exclusivamente a las fuerzas claramente definidas por sus posturas de izquierda sin tomar en consideración los aportes al progreso social y democrático que pudieron haber desempeñado algunos partidos, grupos políticos o líderes de la derecha.
- Al mismo tiempo, las nuevas izquierdas están obligadas a efectuar el necesario balance crítico de las experiencias ultraizquierdistas que en América Latina, lejos de propiciar un cambio favorable para los amplios sectores populares, en la mayoría de los casos provocaron reacciones ultraderechistas que a la larga repercutieron de manera nefasta sobre la pobla-

³⁴ De ahí que las reflexiones de Fidel Castro al respecto parecen seguir preocupando a los enemigos de cualquier tipo de cambio revolucionario: «Nadie puede asegurar que se van a producir cambios revolucionarios en América Latina hoy, pero nadie puede asegurar tampoco que no se produzcan en cualquier momento en uno o en varios países. Si uno analiza objetivamente la situación económica y social en algunos países, no puede tener la menor duda de que trata de una situación explosiva». F. Castro: Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006, p. 594.

ción. Este análisis debe efectuarse con el objetivo de aprender de los errores tanto de la izquierda como de la derecha, y así proponer siempre alternativas que cuenten con algún tipo de experiencia de validación y resulten benefactoras a los intereses y necesidades populares.

- Un tema que las nuevas izquierdas deben atender es el poder de los ejércitos, la extracción social de sus distintos componentes, posible contradicción entre sus elementos constitutivos, historia y tradiciones, componentes ideológicos en su formación, especificidades de sus cuadros de mando, etcétera. Especialmente resulta obligado romper con aquellos prejuicios inculcados durante muchos años por las dictaduras militares, según los cuales solo era posible cualquier tipo de cambio social en cualquier país latinoamericano con el ejército o sin el ejército pero nunca contra el ejército. Las nuevas izquierdas deben tener presente que del mismo modo que la mayor parte de las dictaduras que se instalaron en América fueron auspiciadas por altos oficiales fascistas, también no es menos cierto que la historia de sensibles transformaciones populares en esta región está unida a los nombres de militares como Lázaro Cárdenas, Luis Carlos Prestes, Juan Domingo Perón, Jacobo Arbenz, Juan Velasco Alvarado, Omar Torrijos, o Hugo Chávez. Alguna razón existirá para que las nuevas izquierdas confíen y establezcan alianzas estratégicas con sectores progresistas provenientes de las filas del ejército.
- La capacidad manipuladora de las empresas e instituciones transnacionales, en especial del poder financiero de los capitales burbujas de los bancos y de Estados Unidos en particular, tomando en consideración que con anterioridad a la época de la globalización ya era un hecho la complementariedad de intereses entre las clases dominantes de los países dependientes y de los desarrollados que en la actualidad se ha acentuado.
- La fuerza de concepciones y relaciones comunales, solidarias y de articulación para la acción social coordinada por vías de participación democrática directa de determinados sectores populares, indígenas, campesinos, sindicales, estudiantiles, etcétera, que lo mismo pueden ser utilizadas por los sectores dominantes tradicionales que impulsadas por los nuevos agentes de cambio en la medida en que se reconozcan y promuevan

adecuadamente al ser expresados sus intereses. De ahí que resulte imprescindible el logro de la unidad de las fuerzas revolucionarias.

- El crucial tema ecológico que ha puesto en peligro la propia existencia de la humanidad ante el dilema del legado ambiental a las nuevas generaciones.
- El desarrollo de los procesos políticos desde fines del siglo xx, que evidenciaron los síntomas de agotamiento del modelo neoliberal y comenzó a emerger la posibilidad de un reverdecimiento de las izquierdas y, en especial, el nacimiento de una nueva forma propiciadora del diálogo, el consenso, las vías democráticas, etc., frente a una presunta izquierda ortodoxa, dogmática e intransigente que absolutizaba la vía armada como única vía para la toma del poder. El nacimiento de nuevos mitos como el del reblandecimiento de la mayor parte de la izquierda ante la evidencia del fracaso del «socialismo real» ha llevado a algunos a pensar que la época de las revoluciones sociales ha ido a parar definitivamente al basurero de la historia y que aquella imagen de Marx al considerarlas como locomotoras de la historia se limita a los museos como aquellas de vapor que él conoció. Sin embargo, la historia parece ser testaruda aunque cambien las formas, vías, sujetos sociales, etc., en los procesos revolucionarios del siglo xxi.³⁵
- La centralidad de la atención solamente en la toma del poder político expresando la posible debilidad del mismo cuando no se toman medidas trascendentales ante el poder económico oligárquico nacional y las transnacionales, de forma que da lugar a una estimulación del conformismo o hacer lo que se puede.
- Los plazos para los cambios sociales en el caso de los gobiernos de izquierda que asumen el poder —tomando en consideración que aunque estos no sean de inmediato radicales sino paulatinos— a la larga pueden resultar verdaderamente revolucionarios, así como el papel que desempeñan tanto los partidarios de la aceleración en estos cambios como los sectores retardatarios y vacilantes.
- Las experiencias de procesos revolucionarios fracasados y exitosos en la historia latinoamericana y mundial, especialmente

³⁵ Véase: P. Guadarrama: «Humanismo y marxismo», IV Seminario Internacional Marx Vive, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2006, pp. 209-224.

los factores que dieron al traste con el gobierno de la Unidad Popular en Chile, así como el primer gobierno del Frente Sandinista en Nicaragua, sus aciertos y errores, y sin necesidad de asumir como modelo ninguna de estas experiencias aprender de sus éxitos y fracasos. La Revolución Cubana al haberse mantenido por ya casi medio siglo de lucha constituye, sea de agrado o no, un ejemplo de poder revolucionario inclaudicable a tomar en consideración, aunque como toda revolución seguirá revolucionándose, pues hasta múltiples sectores de la derecha respetan la dignidad del pueblo cubano al mantener en el poder un proyecto de humanismo real,³⁶ antimperialista, socialista.

- Entre los grandes desafíos que se le plantean a las nuevas izquierdas en América Latina se encuentra el dominio de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC) por la omnipresencia y significación de su dominio en todos los órdenes de la vida contemporánea, incluso y especialmente, para que no le escamoteen los escrutinios de los resultados electorales como se ha observado en los últimos tiempos.
- Tal vez lo que en otro momento fue caracterizado como oportunismo ahora se puede considerar posibilismo, pues ante las nuevas situaciones en que ya la «dictadura del proletariado» no resulta apetecible ni para la propia izquierda, corresponde una actitud de renovación no solo de términos sino también de concepciones.
- El papel de los nuevos sujetos sociales, y sus representaciones a través de los movimientos sociales como expresión del agotamiento de los partidos tradicionales. Las nuevas izquierdas han sido capaces de superar las maniqueas visiones polarizadas de la sociedad entre burgueses y proletarios, y sin desconocer la polarización creciente de las sociedades contemporáneas en los procesos de proletarianización de las clases medias que se ha ido acrecentando considerablemente en los últimos tiempos. Este reconocimiento implica por un lado admitir el

³⁶ «Debemos incorporar repotencializándolo, actualizándolo, el socialismo indígena o indo-venezolano. Tenemos que respetar y ayudar a fortalecer esas raíces de nuestro socialismo. Esas prácticas son como una semilla que debe expandirse, multiplicarse». H. Chávez: El discurso de la unidad, Ediciones «Socialismo del siglo XXI», (1): 44, enero de 2007.

protagonismo de nuevos grupos sociales étnicos, especialmente el indígena,³⁷ de género, generacionales, etc., en su colaboración decisiva para el logro de significativas transformaciones socioeconómicas y políticas y, a la vez, no desconocer la subyacente lucha de clases que continúa desempeñando un papel determinante en toda transformación social, de lo contrario corre el riesgo de que los árboles no le permitan ver el bosque, con las nefastas consecuencias que trae aparejada la inadecuada percepción de la realidad para conducirse dentro de ella y sobre todo para modificarla cualitativa y revolucionariamente.

- La sociedad contemporánea agredida por los innumerables desafíos culturales que plantea la globalización,³⁸ entre otros de mayor envergadura socioeconómica, y los impactos de las políticas neoliberales obliga a las nuevas fuerzas de izquierda a tener muy presente el protagonismo de múltiples elementos de las culturas populares³⁹ de sus respectivos países, tanto para facilitar procesos de enriquecimiento social y cultural como para impedir que se atente indiscriminadamente contra estos valores y se ponga en peligro su subsistencia como para evitar que se manipulen, mercantilicen y desvirtúen en detrimento de los propios pueblos que los generan.
- Algo sustancial que no deben relegar a un segundo plano las nuevas izquierdas en el poder es el espíritu y la práctica del internacionalismo y la solidaridad revolucionaria. Este elemento

³⁷ Véase; P. Guadarrama: Cultura y educación en tiempos de globalización postmoderna, Editorial Magisterio, Bogotá, 2006.

³⁸ «La alternativa está obligada a ser radical, para que goce de posibilidades de triunfar. El socialismo es la única opción razonable y práctica ante las tareas tan ambiciosas que debe asumir una política opuesta al sistema, y frente a la incapacidad de realizar reformas de los dominantes locales y el poder excluyente y depredador del imperialismo, dos características del capitalismo mundial. La alternativa socialista necesita ser democrática, porque sólo en el protagonismo y el control popular encontrará fuerza suficiente, identidad, persistencia y garantías contra su propia desnaturalización, y porque debe brindar cauce y espacio a la cultura nacional popular». F. Martínez Heredia: El horno de los noventa, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 56.

³⁹ «La incertidumbre por los resultados del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y Centroamérica se transformó en miedo en varios países de esta región. Los números indican que su balanza comercial se ha inclinado del lado de la potencia norteamericana». Julio Medina Murillo: «TLC a favor de EE.UU», en Tiempos del mundo, Edición hemisférica, 26 de octubre de 2006, p. 18.

es consustancial al ideario socialista desde su gestación y lo caracterizó de modos diferentes en la historia del movimiento revolucionario. Ese componente, en el caso latinoamericano, está indisolublemente ligado al ideario integracionista. No puede olvidarse que las oligarquías son profundamente solidarias entre sí y el capital financiero es abiertamente «internacionalista» pues acude inmediatamente a aquellos países y regiones que le producen mejores dividendos. Del mismo modo que el imperio norteamericano intenta integrar «desde arriba» y a su manera las economías latinoamericanas al ALCA, o ante el fracaso del mismo, al menos a los TLC que ya han demostrado sus «eficientes» resultados desarticulando la economía mexicana y más recientemente la centroamericana⁴⁰ que paradójicamente pretenden aislar con la construcción de un colosal muro. Afortunadamente parece evidenciarse que el espíritu solidario e internacionalista está presente en distinto modo en las recientes experiencias de las nuevas izquierdas en el poder del mismo modo que se mantiene, incrementa y diversifica en el caso de Cuba, al punto que obtiene el reconocimiento incluso de muchos gobiernos de derecha. El nacimiento de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), indudablemente constituye un fértil embrión articulado al proceso ampliatorio de MERCOSUR para lograr niveles de dignificación superiores de los pueblos latinoamericanos que los que puede asegurarles el ALCA. Nuevamente el conflicto entre el panamericanismo y el latinoamericanismo decimonónicos parece reverdecer a inicios del siglo XXI con consecuencias muchas más nefastas en un mundo globalizado y unipolar manejado a su antojo por la potencia más fuerte de toda la historia humana.

⁴⁰ «El socialismo adquiere, en el planteamiento chapista un contenido cultural sincrético que recoge todo lo que somos como pueblo. Lo cristiano y lo bolivariano se manifiestan en un conjunto de valores que la gente relaciona con justicia social, solidaridad, bienestar colectivo, igualdad, unidad, gobernabilidad, democracia, participación, protagonismo popular, patriotismo, antimperialismo, autodeterminación, respeto a los derechos humanos y la diversidad cultural y protección del medio ambiente. ¿Quién puede oponerse a estos principios?», p. 42. Final, I. ¿Por qué hablamos de un socialismo del siglo XXI? Centro Nacional de Investigación-Acción Anti-imperialista «Simón Bolívar», Coro. Producciones Anagrama, C.A. 2007, p. 42.

- Sería ilusorio pensar que la tarea de las nuevas izquierdas debe limitarse simplemente al poder de convocatoria en campañas electorales y el logro de victorias que luego no se traduzcan en posibilidades reales de transformación significativa de las estructuras socioeconómicas hasta ahora imperantes. Una de las cuestiones cruciales que puede diferenciar sustancialmente a las nuevas izquierdas en el poder es la movilización y la participación popular a favor de la radicalización de los procesos políticos.
- ¿Cómo se pueden prefigurar algunas alternativas de la utopía concreta del socialismo del siglo XXI tomando en consideración algunos de los ensayos actualmente existentes? Todo parece indicar que afortunadamente no existirá un solo modelo, o que ni siquiera existirán modelos, pero será imprescindible sintetizar lo mejor de las conquistas desalienadoras, humanistas y democráticas alcanzadas hasta el presente y las tradiciones de lucha específicas de los pueblos, como se aprecia en el proceso revolucionario bolivariano.⁴¹

Por supuesto que el triunfo de algunos candidatos de izquierda en los últimos años en América Latina debe ser considerado como un signo favorable, ante todo, del poder de las demandas populares pero si ese poder no se traduce en el ejercicio del poder político para el logro de transformaciones revolucionarias de la sociedad⁴² habrá que lamentarse mucho, posteriormente,

⁴¹ «El principal problema de la lucha electoral, sin embargo, no es cuantitativo. La otra razón por la que no puede hablarse de una tendencia favorable a la izquierda es porque, incluso esta logra imponerse en una elección presidencial, esos triunfos se producen en condiciones en las que resulta muy difícil ejercer los resortes del gobierno para detener —y mucho menos revertir— la reestructuración neoliberal. No se trata de negar o subestimar la importancia de los espacios institucionales conquistados por la izquierda, sino comprender que esos triunfos no son en sí mismos la “alternativa”. De ello se desprende que la prioridad de la izquierda no puede ser el ejercicio del gobierno y la búsqueda de un espacio permanente dentro de la alternabilidad neoliberal burguesa, sino acumular políticamente con vistas a la futura transformación revolucionaria de la sociedad». Roberto Regalado: *América Latina entre siglos. Dominación, crisis y lucha social y alternativas políticas de izquierda*. Ocean Press, Melbourne-New York-La Habana, 2006, p. 214.

⁴² «Pues bien, si el capitalismo no es, no puede ser, eterno, tampoco es el “fin de la historia” —mientras el hombre exista— no puede tener fin, y si una alternativa social al capitalismo es necesaria y deseable, el marxismo sigue siendo nece-

de haber perdido la oportunidad de que las nuevas izquierdas hayan podido demostrar prácticamente que otro mundo distinto al «capitalismo real» es no solo necesario sino también posible y que el marxismo seguirá siendo un imprescindible instrumento para su realización, así como el abandono de la utopía abstracta y la construcción de nuevas utopías concretas.

sario ya que solo existe por y para contribuir para que esa alternativa se realice». A. Sánchez Vázquez: *Filosofía y circunstancias*, Anthropos, Barcelona, 1997, p. 164.

[174]